

La memoria arrasada

por José Töpf

En el inicio de los tiempos humanos, cuando el Hombre aún no era Hombre, y vivía sólo en su presente, habrá habido un lento atisbo de recuerdo, una fugaz anticipación de lo por venir. El recuerdo de lo pasado, la anticipación del futuro, fundaron el Tiempo. Y fundaron también la posibilidad de una Representación Mental de algo cuando ese algo está físicamente ausente. Es decir, fundaron la condición humana, que implica la posibilidad de esta representación psíquica y del pensamiento abstracto; la posibilidad de recordar y de imaginar; la posibilidad de pensar y de comunicar. Y más importante aún, la posibilidad de pensarse.

Pensarse, recordarse, imaginar, son algunas de las bases de la íntima convicción de ser quien se es. La convicción, objetivamente ilusoria y psíquicamente cierta, de ser uno mismo en un tiempo que no es el mismo. Porque me toco y me siento, me veo y me ven, me reconozco y me reconocen, entonces soy. Porque me recuerdo soy, me reconozco uno y el mismo.

Este sentimiento de identidad, esta íntima convicción de mismidad, “de ser quien soy”, aunque todo en mí haya cambiado, reconoce en la memoria una de sus principales raíces. Tan sólo que la memoria --que se nos aparece como registro de hechos sucedidos-- es también producto del Relato. De mi modo de decirme acerca de los hechos vividos y de los hechos que me conciernen. Del conocimiento que de mí tengo, y del que tiene de mí el colectivo social en que me encuentro.

Esto quiere decir que los hechos que recordamos no necesariamente son los sucedidos, ni necesariamente se los recuerda tal como sucedieron, sino en la particular inscripción que de ellos tuvimos. También participa en la construcción del recuerdo lo que otros dicen acerca de esos hechos. De ahí que lo que recuerdo es mi particular historia, mi biografía, mi relato, en el que creo. La memoria, así vista, ya no es sólo registro del pasado. No son sólo acontecimientos sucedidos y que se recuerdan. La memoria también se construye y reconstruye continuamente, desde el presente hacia el pasado. Y el olvido, que es la contracara necesaria del recuerdo, y los otros, que son el soporte de lo que somos, van forjando esta construcción psíquica acerca de nosotros mismos, esta convicción íntima de ser quienes somos.

Convicción ilusoria, como dijimos, pero esencial para nuestra existencia, para sentirnos estables, coherentes y por lo tanto cuerdos. Probado estáⁱ que, así como se pueden olvidar hechos sucedidos, también se pueden recordar hechos que nunca sucedieron. Nunca sucedieron en el mundo del afuera. Pero sí sucedieron y siguen sucediendo en el mundo psíquico. En el encuentro con el otro, en el *yo-tú*ⁱⁱ. En el diálogo permanente que tenemos con los otros y con nosotros mismos. Y desde este espacio psíquico es desde donde efectivamente son eficaces. Eficaces para la confianza o el miedo. Eficaces para el amor o el odio. Desde allí determinan nuestro modo de ser en el mundo. Pero sea cual fuere su sentido, nos ofrecen seguridad y coherencia, es decir, cordura. Porque aun así, falaz, esta suposición acerca de nosotros mismos es el eje vertebral de nuestra identidad. Porque nos recordamos, somos. Porque somos, podemos organizar con coherencia y con anticipación nuestros actos, hasta podemos creer que también nuestras vidas.

Ahora bien, el recordar y el recordarse necesita de apoyaturas. El reconocimiento de los otros es una de ellas, dijimos. También lo es la presencia de los objetos que nos son habituales, con los que nos gusta o necesitamos acompañarnos. Algunos de ellos son testimonio de nosotros mismos en otra época y en otro lugar, o testimonio de nuestros valores. Por eso los llamamos “recuerdos”, porque nos devuelven cordura, juicio. Objetos que sirven para rememorar hechos, lugares, vínculos. Objetos que, además, certifican que nuestro recuerdo no es una quimera, no es un sueño, no es un fantasma, no es un delirio. Porque el mundo es estable, es previsible, nuestra mente se salva del caos. Así sucede con las personas y así también sucede con las comunidades, las naciones.

Así como las personas confirmamos nuestra identidad en el contacto con los objetos que nos acompañan, en los vínculos personales y en nuestros aniversarios privados, las comunidades también reafirman su identidad en los objetos que les son comunes, en el suelo que pisan, en las celebraciones que rememoran acontecimientos colectivos. Aquí estamos hablando de la Identidad Personal y de la Identidad Nacional, y de algunos de sus apoyos materiales.

Este escrito nace de la intención de imaginar qué sucede con la identidad de las personas y de los pueblos cuando su memoria es arrasada. Lo convoca un hecho reciente. El de decenas de miles de personas que súbitamente perdieron su hábitat, su vecindario, sus ropas, sus cosas. Sus recuerdos. Aquella medallita que solía llevar los domingos. Aquel rosario guardado no sé dónde, que fue de alguien que nunca conocí, pero que me importa conservar. Y mucho. Aquellas fotografías, si es que alguna vez las hubo, aquellos juguetes

viejos, pero que fueron los míos, el mate y la bombilla que de algún lado vinieron. La pequeña grande historia de cada cual. La que nos permite ser y seguir siendo. Y cuando mi historia es arrasada, yo ya no soy el mismo. Por momentos, tampoco sé bien quién soy.

Casi en simultáneo, más lejos y con más horror, un pueblo milenario vio arrasados sus templos, sus recuerdos antiquísimos, sus hábitos cotidianos, hasta sus rencillas ancestrales. Desde siempre, cuando se quiso quebrar la voluntad de persistir en su ser, sea de un hombre o de un pueblo, se arrasó su casa y su tierra, se prohibió su lengua y su dios, se castigaron sus ideas, se quemaron sus cuadernos, se destruyeron sus recuerdos. Así es como a una persona se la convierte en no-persona. Y a un pueblo en un no-pueblo.

Por eso también es que, para no sucumbir, uno guarda, aun a riesgo de su vida, los objetos prohibidos, intenta rescatar los objetos que el agua se lleva o que el fuego devora. Salvando algo de lo que fue su mundo intenta salvarse a sí mismo.

Cuando esto sucede, para recrear algo de ese mundo, las personas solemos volvernos reiterativas en el relato de la catástrofe, en la enumeración de las múltiples cosas que se tuvo y ya no se tienen, ávidos y obsesos en recuperarlas, o en recuperar algo que pueda llenar el vacío de lo que no está; y nada es suficiente para suplirlo, porque no es sólo la cosa, es algo íntimo de nosotros que se fue flotando con cada cosa.

De ahí que el anhelo mayor sea el de volver a la casa, o a la tierra, al espacio conocido. Y el consuelo mayor sea el reencuentro con aquellos que han sido testigos de nuestras vidas y compañeros de catástrofe. En sus miradas, amigas u hostiles, nos reencontramos con nuestro mundo, nuestro pasado. Volvemos a ser, poco a poco, nosotros mismos.

El llanto o la maldición compartidos fortalece la convicción de que somos quienes somos, la convicción de que estamos cuerdos, de que no estamos solos, porque tenemos un mismo dolor, una misma furia y un mismo consuelo que nos hermana. O sea, porque volvemos a pertenecer a nuestra familia, a nuestro vecindario, a nuestra comunidad. Nuestra existencia vuelve a apoyarse en la existencia de los otros. De allí saldrá la fuerza para recuperarse.

Por ello la importancia del recordar. Y del recordar con otros. Nos devuelve lo esencial de nuestra condición humana y de nuestra salud mental, que es la posibilidad de dolerse, la posibilidad de la ira, del llanto –dijimos–, y entonces, luego, también la posibilidad de alivio y de imaginar un futuro, de seguir viviendo. Escuetamente, la posibilidad de seguir amando y trabajando ⁱⁱⁱ.

Por ello también la importancia de lo que llamamos resignificar. Poder hallar nuevos matices, nuevas relaciones entre los sucesos, y entre ellos y nuestro pasado, futuro y presente. Y que nuestra mente se vuelva un espacio más sabio, más verdadero, o más habitable.

Y está la importancia del olvidar, que es, dijimos, la contracara necesaria del recuerdo. Hay veces en las que necesitamos olvidar para poder centrarnos en cosas más inmediatas. Otras, para poder seguir viviendo. Pero en cada olvido, personal o colectivo, con la cosa olvidada desaparece de nuestra conciencia también una parte de nosotros mismos. Entonces el olvido, que tal vez sea el más piadoso recurso de nuestras mentes, se vuelve también el más nefasto.

¿Qué nos pasa cuando el recuerdo es dolor que no cesa, cuando el recuerdo es herida que no cierra? ¿Qué pasa cuando el furor de lo recordado obtura las puertas al llanto, al duelo y a la despedida? Para no enloquecer, se nos hace imperioso el bálsamo del olvido. Pero a la vez el olvido nos mutila. Para seguir siendo, necesitamos seguir recordando. Hay veces en que las personas y los pueblos nos debatimos entre el dolor lacerante del recuerdo y la mutilación del olvido.

Es aquí donde, para no sucumbir al dolor y para no alienarse en el olvido, el sostén del recuerdo necesita ser colectivo. La comunidad necesita convertirse en el custodio de los recuerdos atroces, para proteger la salud de su gente, y para ser también custodio de la identidad colectiva ultrajada. Más precisamente, es función del Estado, en representación del colectivo social, recordar el dolor, sostener la dignidad de la memoria, imponer la justicia, para que cada cual pueda descansar de su dolor y de su furia personal, sin enloquecer y sin mutilarse. Sólo así se puede imaginar el reinicio de un futuro. Sólo así se podrá seguir viviendo. Seguir amando y trabajando, habíamos dicho. Ahora ya no estamos hablando de la memoria arrasada por las aguas. Estamos hablando de la memoria arrasada por los hombres. Expresamente arrasada, para que la identidad de cada cual y la identidad de una nación no tengan en qué sostenerse.

Pero sucede también que la identidad de una persona, y la de un pueblo, existirá mientras haya alguien que fue testigo de su existencia. Alguien que pueda dar testimonio. Cuando nadie quede de quienes nos han conocido, o de quienes conocieron a quienes nos conocieron, cuando nadie nos recuerde, desde ese mismo momento dejaremos de existir. Porque somos en tanto somos recordados^{iv}. Por ello la lucha por la perduración de la vida de hombres o pueblos es también la lucha por la memoria. Desde aquí se entiende mejor por qué hay quienes tanto interés muestran en sostener la confusión, en

acrecentar el olvido. O en la construcción de memorias ficticias. “Implantación de recuerdos” se le llama técnicamente: lograr que alguien recuerde lo que en realidad nunca sucedió, o que no sucedió de esa manera. Una razón más –y muy inquietante-- para sostener la necesidad de la Memoria Social. Porque en este punto es donde el Recordar y el Olvidar deja de ser un tema de posibilidades personales y pasa a ser tema de la Historia, de la Ética y de la Identidad Colectiva.

Si recordar, resignificar, olvidar, son hechos naturales de la condición humana, que nos permiten ir construyéndonos y deconstruyéndonos continuamente, en nuestras diversas circunstancias, la manipulación social del recuerdo y del olvido, la distorsión buscada ex profeso, es entonces un ataque a nuestra condición misma de Persona. Para que un hecho falso termine pareciendo verdadero, para que un hecho verdadero termine siendo olvidado. Es un modo de alienación colectiva, también de alienación de la Historia, y por cierto, un modo de construir Ideología que nos confunda. Éstas son cosas que nos han sucedido. Así quedaron sepultados en la tierra y en la memoria nuestros pueblos indígenas, nuestro pueblo negro, nuestras peonadas vencidas, nuestros niños harapientos, nuestros combatientes masacrados. Los múltiples genocidios con que nuestra historia comenzó y que larvadamente continúan. Memoria arrasada, Historia arrasada, Subjetividad arrasada.

Precisamente el modo de construcción de esta subjetividad, en el seno de una cultura, o sea en el seno de significaciones múltiples, nos lleva a pensar ahora que la memoria, así como es un hecho subjetivo, y también interpersonal, es además intergeneracional. El recuerdo de nuestros antepasados, mejor dicho de la representación socialmente construida de nuestros antepasados, las condiciones y valores que les asignamos, nos construyen y sostienen. También nos gobiernan. Determinan nuestro modo de ser en el mundo. Así también, el modo como imaginamos –personal y colectivamente-- el futuro de quienes nos continúan, determina nuestra percepción de nosotros mismos, de nuestro proyecto vital y, por lo tanto, nuevamente, nuestro modo presente de estar en el mundo.

Ahora ya no hablamos de Identidad Personal y de Identidad Social, sino de la construcción y de la destrucción de una Estirpe, de un sentimiento de continuidad, que hace esencialmente al sentimiento de identidad de cada cual.

Misterioso sentimiento éste, como es misteriosa la memoria. Se basa tanto en el consenso colectivo como en el sentir y el saber personal. Se basa en hechos que incluso pueden no ser ciertos, siempre que lo sean para la convicción de quien los recuerda. Y, sin embargo, da sentido y coherencia a nuestras vidas.

Al decir de Borges ^v, “estamos contruidos de materia inefable, de quimeras y de sueños”. Pero esta construcción no soporta ser destruida.

Decía Spinoza, en su *Ética*: “La razón de ser de todo ser, es seguir siendo”. Seguir siendo lo que se es. Arrasar la Memoria es entonces arrasar lo que somos, destruirnos. Cuando un cataclismo de la naturaleza o un cataclismo social borra las apoyaturas cotidianas de la memoria personal o de la memoria social, borra o trastoca los recuerdos, construye olvidos, es cuando transitoria o definitivamente se deja de ser lo que se es. Allí, todo quiebre es posible.

Pero la Condición Humana, sobre cuya fragilidad aquí hablamos, también alberga una enorme fortaleza. Es la extraordinaria capacidad de transformar y de transformarse, la de extender la mano al semejante caído, y la de recuperarse una y millones de veces. La extraordinaria tenacidad de perdurar en su ser.

Notas

ⁱ Middleton, D. y Edwards, D. (comps.): *Memoria Compartida*. Edit. Paidós, Barcelona, 1992.

ⁱⁱ Buber, M. (1949): *¿Qué es el Hombre?* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1992.

ⁱⁱⁱ Freud, Sigmund: Cartas a Fliess, “¿Qué es estar mentalmente sano? Tener capacidad de amar y de trabajar”, en Gay, P.: *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Paidós, Buenos Aires, 1989.

^{iv} Pirandello, Luigi: “Si ya no estás para pensarme, no existo.”, en *Kaos*, Edit. Aguilar, Barcelona.

^v Borges, J.L. *Prosa Completa*, Vol. 2, Edit. Bruguera, Barcelona, 1980.